

X

Batiste perdió toda esperanza de vivir tranquilo en sus tierras.

La huerta entera volvía a levantarse contra él. Otra vez tenía que aislarse en la barraca con su familia, vivir en perpetuo vacío, como un apestado, como una fiera enjaulada a la que todos enseñaban el puño desde lejos.

Su mujer le había contado al día siguiente cómo fue conducido a su barraca el herido valentón. Él mismo, desde su casa, había oído los gritos y las amenazas de toda la gente que acompañaba solícita al magullado *Pimentó*... Una verdadera manifestación. Las mujeres, sabedoras de lo ocurrido por la pasmosa rapidez con que en la huerta se transmiten las noticias, salían al camino para ver de cerca al bravo marido de Pepeta y compadecerle como a un héroe sacrificado por el interés de todos.

Las mismas que horas antes hablaban pestes de él, escandalizadas por su apuesta de borracho, le compadecían, se enteraban de si era grave la herida, y clamaban venganza contra aquel «muerto de hambre», aquel ladrón, que no contento con apoderarse de lo que no era suyo, todavía intentaba imponerse por el terror atacando a los hombres de bien.

Pimentó estaba magnífico. Mucho le dolía el golpe, andaba apoyado en sus amigos con la cabeza entrapajada, hecho un *eccehomo*¹⁵⁸, según afirmaban las indignadas comadres; pero

¹⁵⁸ Ecce-homo: Cristo con la corona de espinas y las manos atadas. El nombre se hace común para significar a un ser maltratado y objeto de compasión.

hacía esfuerzos para sonreír, y a cada excitación de venganza contestaba con un gesto arrogante, afirmando que él se encargaba de castigar al enemigo.

Batiste no dudó que aquellas gentes se vengarían. Conocía los procedimientos usuales en la huerta. Para aquella tierra no se había hecho la justicia de la ciudad; el presidio era poca cosa tratándose de satisfacer un resentimiento. ¿Para qué necesitaba un hombre jueces ni Guardia civil, teniendo buen ojo y una escopeta en su barraca? Las cosas de los hombres deben resolverlas los hombres mismos.

Y como toda la huerta pensaba así, en vano al día siguiente de la riña pasaron y repasaron por las sendas dos charolados tricormios, yendo de casa de *Copa* a la barraca de *Pimentó* y haciendo preguntas insidiosas a la gente que estaba en los campos. Nadie había visto nada, nadie sabía nada; *Pimentó* contaba con risotadas brutales cómo se había roto él mismo la cabeza volviendo de la taberna, a consecuencia de su apuesta, que le hizo andar con paso vacilante, chocando contra los árboles del camino, y los guardias civiles tuvieron que volverse a su cuartelillo de Alboraya, sin sacar nada en claro de los vagos rumores de riña y sangre que hasta ellos habían llegado.

Esta magnanimidad de la víctima y sus amigos alarmaba a Batiste, que se propuso vivir perpetuamente a la defensiva.

La familia, como medroso caracol, se replegó dentro de la vivienda, huyendo del contacto con la huerta.

Los pequeños ya no fueron a escuela, Roseta dejó de ir a la fábrica y Batistet no daba un paso más allá de sus campos. El padre era el único que salía, mostrándose tan confiado y tranquilo por su seguridad como cuidadoso y prudente era para con los suyos.

Pero no hacía ningún viaje a la ciudad sin llevar consigo la escopeta, que dejaba confiada a un amigo de los arrabales. Vivía en continuo contacto con su arma, la pieza más moderna de su casa, siempre limpia, brillante y acariciada con ese cariño de cabila que el labrador valenciano siente por la escopeta.

Teresa estaba tan triste como al morir el pequeñuelo. Cada vez que veía a su marido limpiando los dos cañones de la es-

copeta, cambiando los cartuchos o haciendo jugar la palanca para convencerse de que se abría con suavidad, surgía en su memoria la imagen del presidio, la terrible historia del *tío Barrret*; veía sangre y maldecía la hora en que se les ocurrió establecerse en las tierras malditas. Y después venían las horas de inquietud por la ausencia de su marido, aquellas tardes tan largas esperando al hombre que nunca regresaba, saliendo a la puerta de la barraca para explorar el camino, estremeciéndose cada vez que sonaba a lo lejos algún disparo de los cazadores de golondrinas, creyendo que era el principio de una tragedia, el tiro que destrozaba la cabeza del jefe de la familia o el que lo llevaba a presidio. Y cuando por fin aparecía Batiste, gritaban los pequeños de alegría, sonreía Teresa limpiándose los ojos, salía la hija a abrazar al *pare*, y hasta el perro saltaba junto a él, husmeándolo con inquietud, como si olfatease en su persona el peligro que acababa de arrostrar.

Y Batiste, sereno, firme sin arrogancia, riéndose de la inquietud de su familia, cada vez más atrevido conforme transcurría el tiempo desde la famosa riña.

Se consideraba seguro. Mientras llevase pendiente del brazo el magnífico pájaro de dos voces, como él llamaba a su escopeta, podía marchar tranquilamente por toda la huerta. Yendo en tan buena compañía, sus enemigos fingían no conocerle. Hasta algunas veces había visto de lejos a *Pimentó*, que paseaba por la huerta como bandera de venganza su cabeza entrapajada, y el valentón, a pesar de que estaba repuesto del golpe, huía, temiendo el encuentro tal vez más que Batiste.

Todos le miraban de reajo, pero jamás oyó desde los campos inmediatos al camino una palabra de insulto. Le volvían la espalda con desprecio, se inclinaban sobre la tierra y trabajaban febrilmente hasta perderle de vista.

El único que le hablaba era el *tío Tomba*, el pastor loco que le reconocía con sus ojos sin luz, como si oliese en torno de Batiste el ambiente de la catástrofe. Y siempre lo mismo... ¿No quería abandonar las tierras malditas?

—*Fas mal, fill meu; te portarán desgrasia*¹⁵⁹.

¹⁵⁹ *Haces mal, hijo mío; te traerán desgracia.*

Batiste acogía con una sonrisa la cantinela del viejo.

Familiarizado con el peligro, nunca le había temido menos que entonces. Hasta sentía cierto goce secreto provocándolo, marchando rectamente hacia él. Su hazaña de la taberna había modificado su carácter, antes tan pacífico y sufrido, despertando en él una brutalidad jactanciosa. Quería demostrar a toda aquella gente que no la temía, que así como había abierto la cabeza a *Pimentó*, era capaz de andar a tiros con toda la huerta. Ya que le empujaban a ello, sería valentón y jactancioso por algún tiempo para que le respetasen, dejándole después vivir tranquilamente.

Y metido en tan peligroso empeño, hasta abandonó sus campos, pasándose las tardes en las sendas de la huerta con pretexto de cazar, pero en realidad para exhibir su escopeta y su gesto de pocos amigos.

Una tarde, cazando golondrinas en el barranco de Carraxet, le sorprendió el crepúsculo.

Los pájaros tejían con inquieto vuelo su caprichosa contradanza, reflejándose en las tranquilas y profundas charcas orladas de altos juntos. Aquel barranco, que cortaba la huerta como una profunda grieta, sombrío, de aguas estancadas y putrefactas, con las fangosas orillas donde se agitaba casi enterrada alguna piragua podrida, ofrecía un aspecto desolado y salvaje. Nadie hubiera sospechado que tras los altos ribazos, más allá de los juncos y cañares, estaba la vega con su ambiente risueño y sus verdes perspectivas. Hasta la luz del sol parecía lúgubre bajando al fondo del barranco tamizada por la bravía vegetación y reflejándose pálidamente en las aguas muertas.

Batiste pasó la tarde tirando a las revoltosas golondrinas. En su faja quedaban ya pocos cartuchos, y a sus pies, formando un montón de plumas ensangrentadas, tenía hasta dos docenas de pájaros. ¡La gran cena!... ¡Cómo se alegraría la familia!

Anocheceía en el profundo barranco; de las charcas salía un hálito hediondo, la respiración venenosa de la fiebre palúdica. Las ranas cantaban a miles, como saludando a las estrellas, contentas de no oír ya el tiroteo que interrumpía su cantinela y las obligaba a arrojarse medrosamente de cabeza, rompiendo el terso cristal de los estanques putrefactos.

Batiste recogió su manojito de pájaros, colgándolo de la faja, y de dos saltos subió el ribazo, emprendiendo por las sendas el regreso a su barraca.

El cielo, impregnado aún de la débil luz del crepúsculo, tenía un dulce tono de violeta; brillaban las estrellas, y en la inmensa huerta sonaban los mil ruidos de la vida campestre antes de extinguirse con la llegada de la noche. Pasaban por las sendas las muchachas que regresaban de la ciudad, los hombres que volvían del campo, las cansadas caballerías arrastrando el pesado carro, y Batiste contestaba al «*iBòna nit!*» de todos los que transitaban junto a él, gente de Alboraya que no le conocía o no tenía los motivos que sus vecinos para odiarle.

Dejó atrás el pueblo, y conforme avanzaba Batiste hacia su barraca marcábase cada vez más la hostilidad; la gente tropezaba con él en las sendas sin darle las buenas noches.

Entraba en tierra extranjera, y como soldado que se prepara a combatir apenas cruza la frontera hostil, Batiste buscó en su faja las municiones de guerra, dos cartuchos con bala y postas fabricados por él mismo, y cargó su escopeta.

El hombretón se reía después de esto. Buena rociada de plomo recibiría quien intentase cortarle el paso.

Caminaba sin prisa, tranquilamente, como gozando la frescura de aquella noche de verano. Pero esta calma no le impedía pensar en lo aventurado que era recorrer la huerta a tales horas teniendo enemigos.

Su oído sutil de campesino creyó percibir un ruido a su espalda. Volvióse rápidamente, y a la difusa luz de las estrellas creyó ver un bulto negro saliéndose del camino con silencioso salto y ocultándose tras un ribazo.

Batiste requirió su escopeta, y montando las llaves se aproximó cautelosamente a aquel sitio. Nadie... Únicamente a alguna distancia le pareció que las plantas ondulaban en la oscuridad, como si un cuerpo se arrastrase entre ellas.

Le venían siguiendo: alguien intentaba sorprenderle traidoramente por detrás. Pero esta sospecha duró poco. Tal vez fuese algún perro vagabundo que huía al aproximarse él.

En fin: lo cierto era que huía de él, fuese quien fuese, y que nada tenía que hacer allí.

Siguió adelante por el oscuro camino, andando silenciosamente, como hombre que a ciegas conoce el terreno y por prudencia desea no llamar la atención. Conforme se aproximaba a su barraca sentía cierta inquietud. Aquél era su distrito, pero también estaban allí sus más tenaces enemigos.

Algunos minutos antes de llegar a su barraca, cerca de la alquería¹⁶⁰ azul donde las muchachas bailaban los domingos, el camino se estrangulaba formando varias curvas. A un lado un alto ribazo coronado por doble fila de viejas moreras; al otro una ancha acequia cuyos bordes, en pendiente, estaban cubiertos por espesos y altos cañares.

Parecía en la oscuridad un bosque indiano, una bóveda de bambús cimbreándose sobre el camino. Éste era allí completamente negro; la masa de cañas estremecíase con el viente-cillo de la noche, lanzando un quejido lúgubre; parecía olerse la traición en aquel lugar, tan fresco y agradable durante las horas de sol.

Batiste, burlándose de su inquietud, exageraba el peligro mentalmente. ¡Magnífico lugar para soltarle un escopetazo seguro! Si *Pimentó* anduviese por allí, no despreciaría tan hermosa ocasión.

Y apenas se dijo esto, salió de entre las cañas una recta y fugaz lengua de fuego, una flecha roja que se disolvió produciendo un estampido, y algo pasó silbando junto a una oreja de Batiste. Le tiraban... Instintivamente se agachó, queriendo confundirse con la negrura del suelo, no presentar blanco al enemigo; y en el mismo momento brilló un nuevo fogonazo, sonó otra detonación, confundiéndose con los ecos aún vivos de la primera, y Batiste sintió en el hombro izquierdo una impresión de desgarramiento, algo así como una uña de acero arañándole superficialmente.

Pero apenas si paró en ello su atención. Sentía una alegría salvaje. Dos tiros... el enemigo estaba desarmado.

¹⁶⁰ Palabra de origen árabe que significa casa de campo, usada fundamentalmente en Valencia. Es curioso destacar el hecho de que esta voz de ámbito más bien local aparezca en un soneto que escribió la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou a los catorce años.

Antes de presentarse Batiste en la taberna de Copa el narrador nos había informado de que la alquería era verde y ahora dice que es azul.

—*¡Cristo! ¡Ara te pille!*¹⁶¹.

Se lanzó por entre las cañas, bajó casi rodando la pendiente, y se vio metido en el agua hasta la cintura, los pies en el barro y los brazos altos, muy altos, para impedir que se mojara su escopeta, guardando avaramente los dos tiros hasta el momento de soltarlos con toda seguridad.

Ante sus ojos cruzábanse las cañas, formando apretada bóveda, casi al ras del agua. Delante de él sonaba en la oscuridad un chapoteo sordo, como si un perro huyera acequia abajo... Allí estaba el enemigo: ¡a él!

Y comenzó una carrera loca en el profundo cauce, andando a tientas en la sombra, dejando perdidas las alpargatas en el barro del lecho, con los pantalones pegados a las carnes, tirantes, pesados, dificultando los movimientos, recibiendo en el rostro el bofetón de las cañas tronchadas, los arañazos de las hojas tiesas y cortantes.

Hubo un momento en que Batiste creyó ver algo negro que se agarraba a las cañas pugnando por salir ribazo arriba. Pretendía escaparse... ¡fuego! Sus manos, que sentían el cosquilleo del homicidio, echaron la escopeta a la cara; partió el gatillo...¹⁶² sonó el disparo, y cayó el bulto en la acequia entre una lluvia de hojas y cañas rotas.

¡A él! ¡a él!... Otra vez volvió Batiste a oír aquel chapoteo de perro fugitivo; pero ahora con más fuerza, como si extremara la huida espoleado por la desesperación.

Fue un vértigo aquella carrera a través de la oscuridad, de las cañas y el agua. Resbalaban los dos en el blanducho suelo, sin poder agarrarse a las cañas por no soltar la escopeta; arremolinábase el agua batida por la desaforada carrera, y Batiste, que cayó de rodillas varias veces, sólo pensó en estirar los brazos para mantener su arma fuera de la superficie, salvando el tiro que le quedaba.

Y así continuó la cacería humana, a tientas, en la oscuridad lúgubre, hasta que en una revuelta de la acequia salieron a un espacio despejado, con los ribazos limpios de cañas.

¹⁶¹ *¡Cristo! ¡Ahora te pilló!*

¹⁶² Debía decir apretó el gatillo.

Los ojos de Batiste, habituados a la lobreguez de la bóveda, vieron con toda claridad a un hombre que, apoyándose en la escopeta, salía tambaleándose de la acequia, moviendo con dificultad sus piernas cargadas de barro.

Era él... ¡él! ¡el de siempre!

—*¡Lladre... lladre: no t'escaparás!* —rugió Batiste, disparando su segundo tiro desde el fondo de la acequia, con la seguridad del tirador que puede apuntar bien y sabe que hace carne.

Le vio caer de bruces pesadamente sobre el ribazo y gatear después para no rodar hasta el agua. Batiste quiso alcanzarle, pero con tanta precipitación, que fue él quien, dando un paso en falso, cayó cuan largo era en el fondo de la acequia.

Su cabeza se hundió en el barro, tragando el líquido terroso y rojizo; creyó morir, quedar enterrado en aquel lecho de fango, y por fin, con un poderoso esfuerzo, consiguió enderezarse, sacando fuera del agua sus ojos ciegos por el limo, su boca que aspiraba anhelante el viento de la noche.

Apenas recobró la vista buscó a su enemigo. Había desaparecido.

Chorreando barro y agua salió de la acequia, subió la pendiente por el mismo sitio que su enemigo; pero al llegar arriba no le vio.

En la tierra seca se marcaban algunas manchas negruzcas, y las tocó con las manos; olían a sangre. Ya sabía él que no había errado el tiro. Pero en vano buscó al contrario con el deseo de contemplar su cadáver.

Aquel *Pimentó* tenía el pellejo duro, y arrojando sangre y barro iría a rastras hasta su barraca. Tal vez era de él un vago roce que creía percibir en los inmediatos campos como el de una gran culebra arrastrándose por los surcos; por él ladrarían todos los perros que poblaban la huerta de desesperados aullidos. Ya le había oído arrastrarse del mismo modo un cuarto de hora antes, cuando intentaba sin duda matarle por la espalda, y al verse descubierto huyó a gatas del camino para apostarse más allá, en el frondoso cañar, y acecharlo sin riesgo.

Batiste sintió miedo de pronto. Estaba solo, en medio de la vega, completamente desarmado; su escopeta, falta de car-

tuchos, no era ya más que una débil maza. *Pimentó* no podía volver, pero tenía amigos.

Y dominado por súbito terror echó a correr, buscando al través de los campos el camino que conducía a su barraca.

La vega se estremecía de alarma. Los cuatro tiros en medio de la noche habían puesto en conmoción a todo el contorno. Ladraban los perros cada vez más furiosos; entreabríanse las puertas de alquerías y barracas arrojando negras figuras, que ciertamente no salían con las manos vacías.

Con silbidos y gritos de alarma entendíanse los convecinos a grandes distancias. Tiros de noche podían ser señal de fuego, de ladrones, ¡quién sabe de qué! seguramente de nada bueno; y los hombres salían de sus casas dispuestos a todo, con la abnegación y solidaridad del que vive en despoblado.

Batiste, asustado por este movimiento, corría hacia su barraca, encorvándose muchas veces para pasar desapercibido al amparo de los ribazos o de los grandes montones de paja.

Ya veía su vivienda, con la puerta abierta e iluminada y en el centro del rojo cuadro los negros bultos de su familia.

El perro le olfateó y fue el primero en saludarle. Teresa y Roseta dieron un grito de alegría.

—*Batiste, ¿eres tú?*

—*¡Pare! ¡pare!...*

Y todos se abalanzaron a él, en la entrada de la barraca, bajo la vetusta parra, al través de cuyos pámpanos brillaban las estrellas como gusanos de luz.

La madre, con su fino oído de mujer, inquieta y alarmada por la tardanza del marido, había oído lejos, muy lejos, los cuatro tiros, y el corazón le dio un vuelco, como ella decía. Toda la familia se había lanzado a la puerta, devorando ansiosa el oscuro horizonte, convencida de que las detonaciones que alarmaban la vega tenían alguna relación con la ausencia del padre.

Locos de alegría al verle y oír sus palabras, no se fijaban en su cara manchada de barro, en sus pies descalzos, en la ropa sucia y chorreando fango.

Le empujaban hacia dentro. Roseta se le colgaba del cuello, suspirando amorosamente con los ojos aún húmedos:

—*¡Pare! ¡pare!...*

Pero el *pare* no pudo contener una mueca de sufrimiento, un ¡ay! ahogado y doloroso. Un brazo de Roseta se había apoyado en su hombro izquierdo, en el mismo sitio donde sufrió el arañazo de la uña de acero, y en el que ahora sentía un peso cada vez más abrumador.

Al entrar en la barraca y darle de lleno la luz del candil, las mujeres y los chicos lanzaron un grito de asombro. Vieron la camisa ensangrentada... y además su facha de forajido, como si acabara de escaparse de un presidio saliendo por la letrina.

Roseta y su madre prorrumpieron en gemidos. ¡Reina Santísima! ¡Señora y soberana! ¡Le habían muerto!

Pero Batiste, que sentía en el hombro un dolor cada vez más insufrible, les sacó de sus lamentaciones ordenando con gesto hosco que vieses pronto lo que tenía.

Roseta, más animosa, rasgó la gruesa y áspera camisa hasta dejar el hombro al descubierto... ¡Cuánta sangre! La muchacha palideció, haciendo esfuerzos para no desmayarse; Batistet y los pequeños comenzaron a llorar y Teresa continuó los alaridos como si su esposo se hallara en la agonía.

Pero el herido no estaba para sufrir lamentaciones y protestó con rudeza. Menos llores: aquello no era nada; la prueba estaba en que podía mover el brazo, aunque cada vez sentía mayor peso en el hombro. Sería un rasguño, una rozadura nada más. Sentíase demasiado fuerte para que aquella herida fuese grave. A ver... agua, trapos, hilas, la botella del *árnica* que Teresa guardaba como milagroso remedio en su *estudi...* ¡moverse! el caso no era para estar todos mirándole con la boca abierta.

Teresa revolvió todo su cuarto, buscando en el fondo de las arcas, rasgando lienzos, desliando vendas, mientras la muchacha lavaba y volvía a lavar los labios de la ensangrentada hendidura que cortaba como un sablazo el carnoso hombro.

Las dos mujeres atajaron como pudieron la hemorragia, vendaron la herida y Batiste respiró con satisfacción, como si ya estuviera curado. Peores golpes habían caído sobre él en esta vida.

Y se dedicó a sermonear a los pequeños para que fuesen prudentes. De todo lo que habían visto, ni una palabra a nadie. Eran asuntos que convenía olvidarlos. Y lo mismo repe-

tía a su mujer, que hablaba de avisar al médico: valía esto tanto como llamar la atención de la justicia. Ya iría curándose él solo; su pellejo hacía milagros. Lo que importaba era que nadie se mezclase en lo ocurrido allá abajo. ¡Quién sabe cómo estaría a tales horas... el otro!

Mientras su mujer le ayudaba a cambiar de ropas y preparaba la cama, Batiste le contó todo lo ocurrido. La buena mujer abrió los ojos con expresión de espanto, suspiraba pensando en el peligro arrojado por su marido y lanzaba miradas inquietas a la cerrada puerta de la barraca, como si por ella fuera a filtrarse la Guardia civil.

Batistet, en tanto, con prudencia precoz, cogía la escopeta y a la luz del candil la secaba, limpiando sus cañones, esforzándose en borrar de ella toda señal de reciente uso, por lo que pudiera ocurrir.

La noche fue mala para toda la familia. Batiste deliraba, tenía fiebre, agitábase furioso como si aún corriera por el cauce de la acequia cazando al hombre, asustando con sus gritos a los pequeños, que no podían dormir, y a las dos mujeres, que pasaron la noche de claro en claro, sentadas junto a su cama, ofreciéndole a cada instante agua azucarada, único remedio casero que lograron inventar.

Al día siguiente la barraca tuvo la puerta entornada toda la mañana. El herido parecía estar mejor; los chicos, con los ojos enrojecidos por el sueño, permanecían inmóviles en el corral, sentados sobre el estiércol, siguiendo con atención estúpida todos los movimientos de los animales que allí se criaban.

Teresa atisbaba la vega por la puerta entornada y entraba después en el cuarto de su marido... ¡Cuánta gente! Todos los del contorno pasaban por el camino con dirección a la barraca de *Pimentó*; se veía en torno de ella un hormiguero de hombres. Y todos con la cara fosca, triste, hablando a gritos, con enérgicos manoteos, lanzando desde lejos miradas de odio a la antigua barraca de *Barret*.

Batiste acogía con gruñidos estas noticias. Algo le escarabajaba en el pecho causándole daño. El movimiento de la vega hacia la barraca de su enemigo era que *Pimentó* se hallaba grave; tal vez se moría. Estaba seguro de que las dos balas de su escopeta las tenía en el cuerpo.

Y ahora, ¿qué iba pasar?... ¿Moriría él en presidio, como el pobre *tío Barret*?... No; se respetarían las costumbres de la huerta, la fe en la justicia por mano propia. Se callaría el agonzante, dejando a sus amigos, a los *Terrerola* o a otros, el encargo de vengarle. Y Batiste no sabía qué temer más, si la justicia de la ciudad o la de la huerta.

Comenzaba a caer la tarde, cuando el herido, despreciando las protestas y ruegos de las dos mujeres, saltó de la cama.

Se ahogaba; su cuerpo de atleta, habituado a la fatiga, no podía resistir tantas horas de inmovilidad. La pesadez del hombro le impulsaba a cambiar de posición, como si con esto pudiera librarse del dolor.

Con paso vacilante, entumecido por el reposo, salió de la barraca, sentándose bajo el emparrado en el banco de ladrillos.

La tarde era desapacible, soplaban un viento demasiado fresco para la estación; nubarrones morados cubrían el sol, y por bajo de ellos desplomábase la luz, cerrando el horizonte como un telón de oro pálido.

Batiste miraba vagamente hacia la parte de la ciudad, volviendo la espalda a la barraca de *Pimentó*, que ahora se veía claramente, al estar despojados los campos de las cortinas de dorada mies que la ocultaban antes de la siega.

Notábase en el herido el impulso de la curiosidad y el miedo a ver demasiado; pero al fin su voluntad fue vencida, y lentamente volvió la mirada hacia la casa de su enemigo.

Sí; mucha gente pululaba ante la puerta: hombres, mujeres, niños; toda la vega, que corría ansiosa a visitar a su caído libertador.

¡Cómo debían odiarle aquellas gentes!... Estaban lejos, y sin embargo adivinaba que su nombre debía sonar en todas las bocas; en el zumbido de sus orejas, en el latir de sus sienes ardorosas por la fiebre, creía percibir el susurro amenazante de aquel avispero.

Y sin embargo, bien sabía Dios que él no había hecho más que defenderse; que sólo deseaba mantener a los suyos sin causar daño a nadie. ¿Qué culpa tenía él de encontrarse en pugna con unas gentes que, como decía don Joaquín el maestro, eran muy buenas, pero muy bestias?

Terminaba la tarde; el crepúsculo cernía sobre la vega una luz gris y triste. El viento, cada vez más fuerte, trajo hasta la barraca un lejano eco de lamentos y voces furiosas.

Batiste vio arremolinarse la gente en la puerta de la lejana barraca, y vio también brazos levantados con expresión de dolor, manos crispadas que se arrancaban el pañuelo de la cabeza para arrojarlo con rabia al suelo.

El herido sintió que toda su sangre afluía a su corazón, que éste se detenía como paralizado algunos instantes para después latir con más fuerza, arrojando a su rostro una oleada roja y ardiente.

Adivinaba lo que ocurría allá lejos: se lo decía el corazón. *Pimentó* acababa de morir.

Batiste sintió frío y miedo, una sensación de debilidad como si de repente le abandonaran todas sus fuerzas, y se metió en su barraca, no respirando tranquilamente hasta que vio la puerta cerrada y encendido el candil.

La velada fue lúgubre. El sueño abrumaba a la familia, rendida de cansancio por la vigilia de la noche anterior. Apenas si cenaron, y antes de las nueve ya estaban todos en la cama.

Batiste sentíase mejor de su herida. Disminuía el peso en el hombro; ya no le dominaba la fiebre, pero ahora le atormentaba un dolor extraño en el corazón.

En la oscuridad del *estudi* y despierto aún, veía surgir una figura pálida, indeterminada, que poco a poco tomaba contorno y color, hasta ser *Pimentó* tal como le había visto en los últimos días, con la cabeza entrapajada y el gesto amenazante de terco vengativo.

Molestábale la visión y cerraba los ojos para dormir. Oscuridad absoluta; el sueño iba apoderándose de él, pero los cerrados ojos comenzaban a poblar la densa lobreguez de puntos rojos que se agrandaban formando manchas de varios colores; y las manchas, después de flotar caprichosamente, juntábanse, se amalgamaban, y otra vez *Pimentó*, que se aproximaba a él lentamente, con la cautela feroz de una mala bestia que fascina a su víctima.

Batiste hacía esfuerzos por librarse de la pesadilla.

No dormía, no: oía los ronquidos de su mujer, dormida junto a él, y de sus hijos, abrumados por el cansancio; pero

los oía cada vez más hondos, como si una fuerza misteriosa se llevase lejos, muy lejos, la barraca; y él allí, inerte, sin poder moverse por más esfuerzos que intentaba, viendo la cara de *Pimentó* junto a la suya, sintiendo en su nariz la cálida respiración de su enemigo.

Pero ¿no había muerto?... Su embotado pensamiento se hacía esta pregunta, y tras muchos esfuerzos se contestaba a sí mismo que *Pimentó* había muerto. Ya no tenía, como antes, la cabeza rota; ahora mostraba el cuerpo rasgado por dos heridas, que *Batiste* no podía apreciar en qué lugar estaban; pero dos heridas eran, que abrían sus labios amoratados como inagotables fuentes de sangre. Los dos escopetazos; y lo sabía: él no era de los tiradores que marran.

Y el fantasma, envolviéndole la cara con su respiración ardiente, dejaba caer sobre él una mirada que le agujereaba los ojos y bajaba y bajaba hasta arañarle las entrañas¹⁶³.

—*¡Perdónam, Pimentó!*¹⁶⁴ —gemía el herido con infantil temblor, aterrado por la pesadilla.

Sí; debía perdonarle. Le había muerto, era verdad; pero debía pensar que él fue el primero en buscarlo. ¡Vamos: los hombres que son hombres deben ser razonables! Él se tenía la culpa.

Pero los muertos no entienden de razones¹⁶⁵, y el espectro, procediendo como un bandido, sonreía ferozmente, y de un salto se colocó en la cama, sentándose sobre él, oprimiéndole la herida del hombro con todo su peso.

Batiste gimió dolorosamente, sin poder moverse para repeler aquella mole. Intentaba enternecerlo llamándole *Tòni*, con familiar cariño, en vez de designarle por su apodo.

—*Tòni, me fas mal*¹⁶⁶.

Eso es lo que deseaba el fantasma, hacerle daño. Y pareciéndole aún poco, con sólo su mirada le arrebató los trapos y vendajes de su herida, que volaron y se esparcieron, y des-

¹⁶³ Aunque se trate de una pesadilla, la mirada se hace tacto doloroso de una enorme expresividad.

¹⁶⁴ *¡Perdóname, Pimentó!*

¹⁶⁵ Curiosa manera de mezclar el sueño y la realidad.

¹⁶⁶ *Tòni, me haces daño.*

pués hundió sus uñas crueles en el desgarrón de la carne y tiró de los bordes, haciéndole rugir de dolor¹⁶⁷.

—*¡Ay! ¡ay!... ¡Pimentó, perdónam!*

Y tal era su dolor, que los estremecimientos, subiéndole por la espalda hasta la cabeza, erizaban sus rapados cabellos, haciéndolos crecer y enroscarse con la contracción de la angustia, hasta convertirse en horrible madeja de serpientes.

Entonces ocurrió una cosa horrible. El fantasma, agarrándole de la extraña cabellera, hablaba por fin.

—*Vine... vine*¹⁶⁸ —decía tirando de él.

Le arrastraba con sobrehumana ligereza, le llevaba volando o nadando —no lo sabía él— al través de un elemento ligero y resbaladizo, y así iban los dos vertiginosamente, desliziéndose en la sombra, hacia una mancha roja que se marcaba lejos, muy lejos.

La mancha se agrandaba, tenía una forma parecida a la puerta de su *estudi*, y salía por ella un humo denso, nauseabundo, un hedor de paja quemada que le impedía respirar.

Debía ser la boca del infierno: allí le arrojaría *Pimentó*, en la inmensa hoguera cuyo resplandor inflamaba la puerta. El miedo venció su parálisis. Dio un espantoso grito, movió por fin sus brazos, y de un terrible revés envió lejos de sí a *Pimentó* y la extraña cabellera.

Tenía los ojos bien abiertos y ya no vio al fantasma. Había soñado; era sin duda una pesadilla de la fiebre; ahora volvía a verse en la cama con la pobre Teresa, que, vestida, roncaba fatigosamente a su lado.

Pero no; el delirio continuaba. ¿Qué luz extraña iluminaba su *estudi*? Aún veía la boca del infierno, que era igual a la puerta de su cuarto, arrojando humo y rojizo resplandor. ¿Estaría dormido?... Se restregó los ojos, movió los brazos, se incorporó en la cama... No; despierto y bien despierto.

La puerta estaba cada vez más roja, el humo era más denso; oyó sordos crujidos como de cañas que estallan lamidas por la llama, y hasta vio danzar las chispas agarrándose como moscas de fuego a la cortina de cretona que cerraba el cuar-

¹⁶⁷ Las sensaciones internas están magistralmente descritas.

¹⁶⁸ *Ven... ven.*

to. Oyó un ladrido desesperado, interminable, como un esquilón loco sonando a rebato.

¡Recristo!... La convicción de la realidad asaltándole repentinamente le enloqueció.

—¡Teresa! ¡Teresa! ¡Amunt!¹⁶⁹.

Y del primer empujón la echó fuera de la cama. Después corrió al cuarto de los chicos, y a golpes y gritos los sacó en camisa, como un rebaño idiota y asustado que corre ante el palo sin saber adónde va. Ya ardía el techo de su cuarto, arrojando sobre las camas un ramillete de chispas.

Batiste, cegado por el humo, contando los minutos como siglos, abrió la puerta, y por ella salió enloquecida de terror toda la familia en paños menores, corriendo hasta el camino.

Allí, un poco más serenos, se contaron.

Todos: estaban todos, hasta el pobre perro, que aullaba tristemente mirando la barraca incendiada.

Teresa abrazaba a su hija, que, olvidando el peligro, estremecía de vergüenza al verse en camisa en medio de la huerta, y se sentaba en un ribazo, apolotonándose con el miedo del pudor, apoyando la barba en las rodillas y tirando del blanco lienzo para que le cubriera los pies.

Los dos pequeños refugiábanse amedrentados en los brazos de su hermano mayor, y el padre agitábase como un loco rugiendo maldiciones.

¡Recordóns! ¡Y qué bien habían sabido hacerlo! Habían prendido fuego a la barraca por los cuatro costados; toda ella ardía de golpe; hasta el corral, con su cuadra y sus sombrajos, estaba coronado de llamas.

Partían de él relinchos desesperados, cacareos de terror, gruñidos feroces; pero la barraca, insensible a los lamentos de los que se tostaban en sus entrañas, seguía arrojando curvas lenguas de fuego por la puerta y las ventanas; de su incendiada cubierta elevábase una espiral enorme de blanco humo, que con el reflejo del incendio tomaba transparencias de rosa.

Había cambiado el tiempo; la noche era tranquila, no soplabla viento, y el azul del cielo sólo estaba empañado por la

¹⁶⁹ ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Arribal

columna de humo, entre cuyas blancas vedijas asomaban curiosas las estrellas.

Teresa luchaba con el marido, que, repuesto de su dolorosa sorpresa y aguijoneado por el interés, que hace cometer locuras, quería entrar en aquel infierno. Un momento nada más: lo necesario para sacar del *estudi* el saquito de plata, el producto de la cosecha.

¡Ah, buena Teresa! No era preciso ya contener al marido, sufriendo sus recios empujones. Una barraca arde pronto; la paja y las cañas aman el fuego. La techumbre se vino abajo con estruendo, aquella techumbre erguida que los vecinos miraban como un insulto, y del enorme brasero subió una columna espantosa de chispas, a cuya incierta y vacilante luz parecía agitarse la huerta con fantásticas muecas.

Las paredes del corral conmovíanse sordamente, como si dentro de ellas se agitase dando golpes una legión de demonios. Como ramilletes de fuego saltaban las aves, que intentaban volar ardiendo vivas.

Cayó un trozo de muro de barro y estacas, y por la negra brecha salió como una centella un monstruo espantable, arrojando humo por las narices, agitando su melena de chispas, batiendo desesperadamente la cola como escoba de fuego, que esparcía un hedor de pelos quemados.

Era el rocín. Pasó con prodigioso salto por encima de la familia, corriendo locamente por los campos, buscando instintivamente la acequia, donde cayó con un chirrido de hierro que se apaga¹⁷⁰.

Tras él, arrastrándose como un demonio ebrio, lanzando espantables gruñidos, salió otro espectro de fuego, el cerdo, que se desplomó en medio del campo, ardiendo como una antorcha de grasa.

Ya sólo quedaban en pie las paredes y la parra con sus sarmientos retorcidos por el incendio y las pilastras que se destacaban como barras de tinta sobre el fondo rojo.

Batistet, con el ansia de salvar algo, corría desaforado por las sendas, gritando, aporreando las puertas de las veci-

¹⁷⁰ Sigue la maestría en el arte de describir la audición como cima de la visión dantesca.

Modalización única en la novela: el narrador se dirige directamente a un

nas barracas, que parecían parpadear con el reflejo del incendio.

—*¡Socorro! ¡socorro!... ¡A fòc! ¡a fòc!*¹⁷¹.

Sus voces se perdían, levantando ese eco fúnebre de las ruinas y los cementerios.

Su padre sonreía cruelmente. En vano llamaba. La huerta estaba sorda para ellos. Dentro de las blancas barracas había ojos que atisbaban curiosos por las rendijas, tal vez bocas que reían con gozo infernal, pero ni una voz generosa que dijera: «¡Aquí estoy!»

¡El pan!... ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malos hace a los hombres!

En una barraca brillaba una luz pálida, amarillenta, triste. Teresa, atolondrada por la desgracia, quería ir a ella a implorar socorro, con la esperanza del ajeno auxilio, del algo milagroso que se ansía en la desgracia.

Su marido la detuvo con expresión de terror. No: allí no. A todas partes menos allí.

Y como hombre que ha caído tan hondo, tan hondo que ya no puede sentir remordimientos, apartó su vista del incendio para fijarla en aquella luz macilenta, amarilla, triste; luz de cirios que arden sin brillo, como alimentados por una atmósfera en la que se percibe aún el revoloteo de la muerte.

¡Adiós, *Pimentó!* Te alejabas del mundo bien servido. La barraca y la fortuna del odiado intruso alumbraban con alegre resplandor tu cadáver mejor que los cirios comprados por la desolada Pepeta, amarillentas lágrimas de luz.

Batistet regresaba desesperado de su inútil correría. Nadie contestaba.

La vega, silenciosa y ceñuda, les despedía para siempre.

Estaban más solos que en medio de un desierto; el vacío del odio era mil veces peor que el de la Naturaleza.

Huirían de allí para comenzar otra vida, sintiendo el hambre tras ellos, pisándoles los talones; dejarían a sus espaldas la ruina de su trabajo y el cuerpecillo de uno de los suyos, del

¹⁷¹ *¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Fuego! ¡Fuego!* El patetismo de la llamada se pierde en la desolación del odio y del desprecio.

pobre *albaet*, que se pudría en las entrañas de aquella tierra como víctima inocente de la loca batalla.

Y todos, con resignación oriental, sentáronse en el ribazo y allí aguardaron el día con la espalda transida de frío, tostados de frente por el brasero que teñía sus rostros atontados con reflejos de sangre, siguiendo con la inquebrantable pasividad del fatalismo el curso del fuego, que devoraba todos sus esfuerzos y los convertía en pavesas tan deleznable y tenues como sus antiguas ilusiones de paz y trabajo.

FIN

Valencia
Octubre-Diciembre 1898.